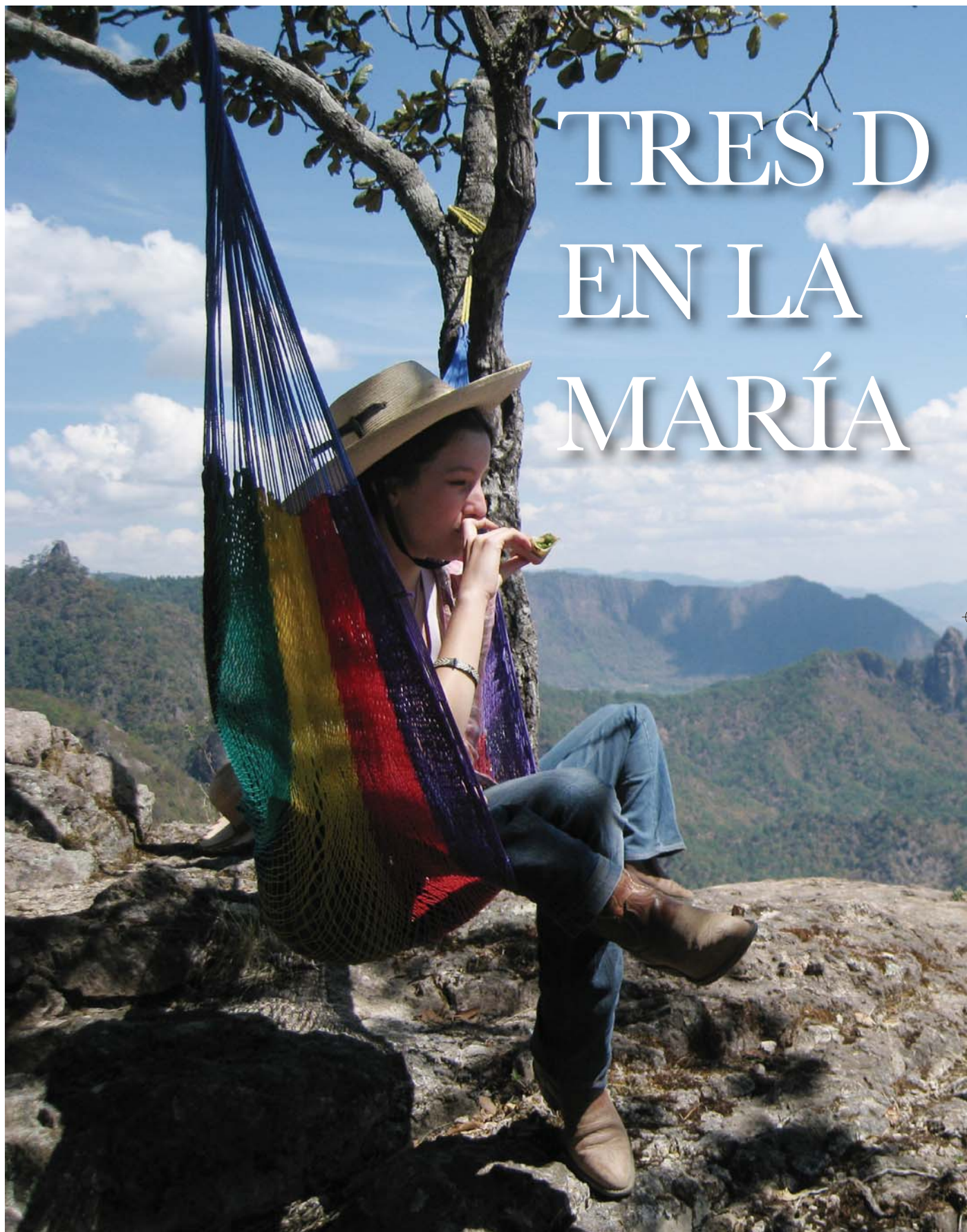


PRINCIPAL



ÍAS A CABALLO ANTIGUA SANTA DEL VALLE

José y Lucía Schravesandé
info@cabalgataslasierra.com

Cabalar tres días seguidos por la campiña mexicana, durante cinco horas cada día, no es algo muy común para quienes vivimos en el constante ajetreo de las ciudades modernas. Dichosamente para los que tenemos el vicio de los cuacos y el encanto por disfrutar de la naturaleza, esto aún es posible en algunas regiones de nuestro país. Montar a caballo en el México rural produce no sólo un respiro de tranquilidad y distracción mental, sino también una grata sensación de bienestar general al confirmar que nuestro cuerpo tiene la capacidad de disfrutar este tipo de experiencias a pesar de la sedentaria manera en que vivimos. Participar en una cabalgata bien organizada y con servicios de excelencia es la mejor manera de descubrir que nuestro país tiene aún una gran variedad de lugares paradisíacos que se pueden disfrutar con los amigos y en especial cuando lo hacemos a lomos de un buen caballo.

Empezamos la jornada recorriendo una pradera al lado de un arroyo, donde un galope temprano despertó los ánimos de jinetes y caballos, sobre todo de estos últimos, que pusieron a prueba la habilidad de varios de los participantes, incluyendo

a más de uno de los que esto ayudamos a escribir. Todo quedó en un desconcierto momentáneo, pues como buenos centauros permanecemos en nuestras monturas a todo lo largo de la galopada sin sufrir percance.

Formábamos un conjunto variopinto de jinetes y caballos en el que integrantes de ambos hatajos convivimos con nuestros respectivos congéneres mientras recorríamos veredas, praderas y montañas. Los rocines con sus capas relucientes, entre las que destacaban los bayos, moros, canelos, rosillos y palominos. Todos muy bien arrendados y con una envidiable condición física que les permitía subir cuevas y bajar declives sin esforzarse ni agitarse. Las damas y caballeros, que del caballo nos viene el nombre, íbamos montados al estilo inglés, a la manera de los texanos o bien en las siempre evocadoras monturas originarias de nuestro país con sus atavíos, ornamentos y galas. Los había desde expertos conocedores del campo y de las cabalgatas hasta noveles “gauchos” y “adelitas” haciendo sus *pinitos* en las lides hípicas campiranas.

El decano de los caporales iba montado en una guapa acémila rosilla, con su erin tuzada, el maslo afeitado y los típicos casquitos prietos y muleños muy

bien engrasados. Animosa y esforzada, resultó muy apta para la andada. Para protegerse de espinas y rozaduras el vaquero llevaba bien ajustadas unas viejas chaparreras de gamuza de venado con sus tarugos de hueso del mismo animal. Al cuello su paño rojo enredado, lo tenía muy a la mano para paliar el polvo en la retaguardia de la tropa. Lo cubría del sol un sombrero de copa plana y ala ancha hecho de fino soyate, con su toquilla de cuero crudo trenzado y el barboquejo del mismo material. Con dos vueltas que gustoso “chorrea” en la cabeza de la silla, llevaba de mano a un gallardo mulo alazán tostado, del merito color de los tabacos tuxtleños, pelifino y zaino, de más de quince manos de alzada. ¡Chulada de animal! La acémila de carga iba con su ajuar completo: aparejo, cajas, cantinas, alforjas, árganas, cantimploras, tarria, retranca, grupera y colera. Diariamente el animalito transportó almuerzos, botanas, refrescos, lúpulos y fermentos con los que nos deleitamos a mitad de la jornada en algún pintoresco paraje desde donde la vista se engolosinaba con paisajes dignos de una acuarela o un óleo de pintor famoso.

En otra mula, retobada para montarle, iba el más “mula” de los jinetes, amigo selecto y camarada del Patrón.



Pa' que decir otra cosa del "pelao", iba bien montado, bien trajeado y bien ilustrado. A lo largo del camino relataba historias de cuando por el fértil valle corrían cinco arroyos y sus antepasados sembraban las parcelas con alpiste para los canarios y los atoles. Según sus dichos, en otros labran-tíos se cultivaba el trigo que era acarreado en recuas de mulas hasta el pueblo vecino. Ahí lo molían entre dos piedras grandes que se movían al compás de la fuerte corriente del río formado con las frías aguas que escurren de los deshielos de las nieves del volcán. Dicen los que lo conocen y estiman que, al fin ranchero, este personaje afina y solfea muy entonado, más nos se nos hizo dar oídos a alguna melodía por él canturreada. ¡Sería porque estaba montado en su mula! ¡Como de montar se trataba, pues eso hicimos y hasta llenar! Ya fuera al

paso, al trote o al galope, en los caminos reales bregábamos por pares, en las praderas *trajinábamos* en montón y en las veredas nos *atosigábamos* en fila uno tras otro. Las rutas escogidas por los guías además de agradecidas y vistosas se prestaban para trotos y galopes al por mayor. La verdad es que abundaron las galopadas, por lo que el amigo que montaba el caballo alazán jilote, careto y tres albo de la buena, nos hizo reír cuando dijo: "En estos tres días he galopado más que en todo lo que había montado antes en mi vida". Con gran placer evocamos el segundo galope de la jornada; diez minutos de carrera controlada en un antiguo camino de herradura que ondulaba a la sombra de verdes y espinosos tejocotes con sus doradas frutas esperando ser recolectadas por pájaros y ardillas. A estas alturas del trayecto, ¿quién se iba a poner a pen-



sar que nada más habíamos venido a montar a caballo durante tres días?

El perfecto remate para la primera jornada de nuestra procesión ecuestre fue recorrer un antiquísimo camino de herradura que en sus buenos tiempos servía para dar paso a las reses que subían de tierra caliente. En plena cuaresma los abajeños solían arrearlas hacia el valle fértil e irrigado donde bueyes, vacas y becerros se mantenían de los rastrojos sobrantes mientras duraba la sequía. Por ahí del 15 de mayo, día de San Isidro Labrador, con los primeros aguaceros de la temporada, el ganado era bajado de vuelta al terruño de donde era oriundo para barbechar las milpas con sus yugos y coyundas. Con el paso de los años, las tropillas fueron desgastando el terreno que hoy día tiene la apariencia de un zanjón, con sus cinco a seis metros de ancho y hundido más de dos metros respecto al resto del terreno. Los bordes están cubiertos con tejocotes, huisaches, cedros, ailes y magueyes que forman, a todo lo largo del camino, un túnel verde que impide ver el cielo o los potreros a la vera de la trocha. Entre ellos crecen espinosas zaramoras silvestres que se confunden con los largos y resistentes bejucos en donde fácilmente se enredan los cuacos si "el de arriba" no pone la debida atención. Todo esto entremezclado con doradas catricuas, amarillas tronadoras y multicolores salvias que despedían su fragancia para deleite de la comitiva. ¡Imagínese el lector la belleza del camino y la fragancia de sus aromas! ¡Ahora imagínese recorrerlo al tranco de un galopito ranchero!

La pernocta fue en una acogedora finca campestre con sus cómodas habitaciones repartidas a lo largo de cuatro corredores con arcadas y columnas. Reiniciamos la travesía cruzando un arroyo de aguas diáfanas que corren hacía lo que hoy día es una laguna y ya no más aquel fértil valle donde se sembraba alpiste y trigo para que con sus rastrojos se alimentaran los ganados abajeños durante la cuaresma.

Durante el transcurso del día se perdió la cuenta de los paisajes espectaculares, al igual que la de los reconfortantes galopes en cuanto terreno se prestaba para ello. Cuando después de casi una hora de veredas muy estrechas, en que el grupo se vio forzado a avanzar en fila india, apareció un valle extenso y en él una laguna.

Fue una sensación de amplitud de vista y un paisaje tan mexicano, que el amigo que montaba el cuaco bayo lobo quedó absorto por un buen rato. En un solo día pudimos gozar de la adrenalina de bajar barrancas, del placer de recibir el fresco del aire en la cara durante los extensos galopes, la oportunidad de entablar charlas amenas con nuevas amistades y desde luego saborear un tequila para brindar por los amigos y los caballos que son nuestra vida.

Mención aparte y muy especial la merecen los almuerzos al calor de una fogata. Comidas disfrutadas en lugares escogidos muy atinadamente por su belleza y sobre todo por el placentero viento que soplabá, alejando a los insectos de jinetes y animales a la vez que nos refrescaba placenteramente. Tentempiés muy mexicanos en los que probamos variedad, calidad y cantidad: morcilla, “obispo”, cerdo con verdolagas y habas, mole de la cocina de doña Lore, chicharrón en chile rojo, guacamole preparado en el monte, quesadillas con queso ranchero, tortillas tostadas en comal, todo con el sabroso sabor del ahumado de la leña del encino. Acompañamos los alimentos con aperitivos, cervezas, jugos y aguas frías traídos en hielera a lomos de la mula. Por mas empaques y envolturas que los protegían, los galopes del macho los agitaban por lo que había que tener cuidado al momento de destaparlos para evitar un buen baño. Pero eso no importaba. ¡Aaah! ¡Qué bien refrescaban!

Por la tarde del segundo día la diversidad de la ruta y la variedad de las actividades nos dejó maravillados a la mayoría, por no decir que a todos los jinetes. Acabando el sabroso almuerzo campestre, el amigo que montaba el caballo palomino del fierro de *Los Remedios*, y de nombre Copa de Oro, acompañado por uno de los guías,



emprendieron, por su parte y en privado, una “galopadita” para que se asentaran el maíz de las tortillas y la cebada de las cervezas. ¡Salud y buen provecho! Abriendo puertas y falsetes llegamos a un rancho con su casita de adobe donde los caballos abrevaron

en una pileta que los campesinos mantienen limpia y llena del vigorizante líquido para uso exclusivo de los caballos que recorren esa ruta de la cabalgata. Cinco minutos después emprendimos un agradable galope en medio de un bosque de añejos enci-





nos, con lo que rompimos el mito de que los caballos con agua en la panza no deben galopar porque les da cólico. Le siguió un alto en el camino para apreciar una de las vistas más espectaculares de la zona con el valle inundado y casas veraniegas a los lados de una gran peña. A montar de vuelta, descendiendo desde lo alto de la montaña hacia el lago. Ahora por una vereda arroyada por el agua, donde la calidad y la seguridad de patas de los pencos que montábamos quedó más que manifiesta. Una hora después estábamos amarrando la caballada a la sombra de huisaches y mezquites. Hacía calor, estábamos en plena tierra caliente, podíamos apreciar, allá entre las nubes, la cima del cerro desde el cual habíamos divisado el paisaje sin imaginarnos que la jornada fuera a terminar con un paseo en lancha para volver al pueblo. Por la noche, el amigo del bayo lobo sacó la guitarra y ahora fuimos todos los comensales los que escuchamos absortos cuando con una voz bien educada se puso a cantar acompañado por el sonido del agua que derramaba la fuente del patio. ¿Qué más se puede pedir para un día de fiesta?

La tercera parte de nuestra romería hípica no podía ser menos que las anteriores. Nuevamente empezamos con una galopada tempranera, esta vez entre tlazoles viejos de las milpas que eran devorados por hambrientas reses y borregas. Le siguió un agradable paseo a las orillas de *La Laguna*, como la llaman los lugareños, quienes

arrojaban anzuelos y redes en busca de lobinas y carpas. Tras abrir uno más de la docena de falsetes pintados de verde que encontramos a lo largo de la ruta, recorrimos una angosta vereda donde piedras y desniveles sirvieron para probar las habilidades de cuacos y charros. La vereda se convirtió en pradera y volvimos a galopar hasta llegar a la orilla del monte, donde una abrupta bajada nos llevó a encontrar un refrigerio para los jinetes y una pileta llena de agua para los caballos. La ruta siguió entre tierras de regadío con sus sembradíos de fresas, caña de azúcar y flores de ornato. Por la tarde, el amigo que montaba al *Copa de Oro* no pudo asentar tacos y cervezas como es su costumbre, por lo que dijo haber tenido una cabalgada inolvidable. Le pareció montar bajando una cañada con árboles llenos de heno y escuchar el sonido de un río que no se podía ver, el recorrido era un regalo para los sentidos y el espíritu, culminando con el premio final de una vista del río y de los jinetes que en él estaban abrevando sus caballos. La verdad, hubiera sido mejor que se echara su "galopadita" y asentara tacos y cervezas para que no anduviera delirando e imaginando cosas que sólo en otros países pueden existir. ¡Bueno, eso es lo que opinan los escépticos y malinchistas que no faltan por ahí!

Al inicio de la cabalgata un larguirucho y barbudo jinete montado en retinta jaca estaba muy apesadumbrado, pues honda pena afligía su alma: las acuarelas y los óleos que al natural

sus ojos vieron lo hicieron encontrarse a sí mismo, y en compañía de camaradas adictos al mismo vicio de los caballos recuperó su estado de ánimo al cabo de tres días de cabalgata. Durante los tres días de cabalgata, los señores abogados, varios predominaban en el grupo, muy serios y circunspectos, en pleno galope recibían llamadas en sus teléfonos celulares atendiendo asuntos de suma importancia. Como buenos *leguleyos* trataban casos urgentes y daban consejos precisos, más no preciosos; como si estuvieran detrás del escritorio de sus afamados despachos. El amiguito más neófito del grupo empezó montando en la retaguardia de la caballada y con todas las precauciones que el caso ameritaba. Sin achicopalar, en infinidad de ocasiones recibió consejos, aguantó críticas y soportó bromas; siempre queriendo quedar bien con la linda amazona que montaba la yegua con crines de lluvia de plata. Al término de la cabalgata, a galope tendido llegó el primero a los corrales alardeando que para montar a caballo tres días no es indispensable ser "jinete de antaño pero si conviene ser amistad de hogaño".

Después de tres días montados a caballo y al tomarnos parecer, manifestamos a nuestros mentores el agrado y satisfacción con que disfrutamos del caballos, rutas, comidas y hospedaje. Declaramos en unanimidad que la cabalgata resultó ser de *rechupete*, tal y como nos la habían *palabreado* los patrones de Cabalgatas La Sierra.